



## EL APLAUSO

No es la primera vez que regreso a casa con esta sensación, con esta promesa de manifestar por escrito esta tácita sublevación. Sí, hoy también son las tres de la madrugada, hora nada propicia para mi musa literaria, normalmente... No importa, aunque el sueño me nuble un poco la razón, y mi agilidad mental -si alguna vez la tuve- se vea mermada, no puedo traicionarme: demasiadas ferias se cierran en silencio.

Hoy, tras el espectáculo que esta noche he disfrutado, tras la emoción que ha hecho barcos en mis ojos, no puedo por menos que decirlo: «santacruceños, ¿por qué no os manifestáis en aplauso?, ¿por qué ese lenguaje mudo que me hace sentir vergüenza ajena?». Nunca he podido

comprender esta reacción, la crueldad con que la siento me asciende hasta unas manos que aplauden fuertemente y se enrojecen por puro deseo de equilibrio; después la decepción de no existir el eco y de seguir dentro de breve minoría... Será que el escenario transforma, que dentro y fuera son estados distintos, mundos diferentes que a veces no se entienden; yo he estado dentro (lo digo sin vanidad alguna) y sé lo que significa el APLAU-

SO, ese APLAUSO que comunica, que relaciona, que gratifica, que expresa, que anima, que emociona... o que castiga, juzga, distancia o duele, el silencio puede doler mucho, proporcionalmente incluso al esfuerzo o ilusión depositado. Ya sé que permanecer significa, que tener los ojos abiertos también, pero no es suficiente para manifestar agrado, y esa frialdad asusta, hiela, se hace incógnita.

sidad del aplauso -también hay grados y formas-, sólo en su existencia o ese vacío que cae a plomo sobre una aplastante mayoría presente en silencio...

Hace ya un tiempo que presencié un espectáculo variado en Santa Cruz de la Zarza: que no se aplaudiera y casi ni se prestara la menor atención a la contundente voz del recitador de los versos de «La vida es sueño» de

D.P. Calderón de la Barca puedo llegar -no sin sufrimiento- a entenderlo; pero el que una joven mostrará su hermoso cuerpo en el frío de la noche sin sentir apenas el calor de un aplauso -a pesar de pedirlo-, me hizo aplaudir de rabia, de dolor y de impotencia.



Tras varios años yo puedo llegar a comprender -que no a compartir- tal actitud pero aquel que viene por vez primera no sabe interpretar lenguajes mudos, situaciones atípicas y entiende con arreglo a reglas generales... La obligación de actuar no justifica la omisión de aplauso, una «mala actuación» sí. No voy a entrar en la discusión de que es bueno o malo -cada uno que juzgue con sus propios criterios-; tampoco entraré en la inten-

En fin tampoco quiero cansar, sólo hacerles reflexionar y desear que nunca se vean en un escenario poniendo lo mejor de sí y recibiendo un silencio por única respuesta. El APLAUSO no es sólo por afinidad o cercanía (conocimiento o no del que actúa); también ES POR JUSTICIA. Hay «artrosis» que duelen en el alma y siento que sea en mi pueblo.

Septiembre de 1997.

M<sup>a</sup> Esperanza Párraga Granados.